

LA TRAICIÓN DE EUROPA A SUS RAÍCES CRISTIANAS¹

de Carlos María Regúnaga²

Resumen

Un largo proceso histórico ha llevado a Europa a renegar de su legado cristiano, a definirse como un espacio multicultural, sin identidad propia, y a adoptar una filosofía relativista. Esta actitud hace muy difícil la plena integración de las corrientes migratorias que recibe y amenaza los cimientos metafísicos de las ciencias. Se analiza la responsabilidad de Karl J. Popper.

Abstract

A long historic process has led to Europe's denial of her Christian legacy, to define herself as a multicultural space, without an identity of her own and to adopt a relativist philosophy. This attitude makes full integration of migratory currents very difficult and threatens the metaphysical foundations of sciences. Karl J. Popper's responsibility is analyzed.

El crimen y su manifestación

¿Puede una sociedad abandonar sus valores y adoptar otros, quizá hasta incompatibles con los tradicionales? La respuesta podría ser afirmativa. Pero ¿tiene la capacidad de alterar su pasado? Obviamente, no puede cambiar los hechos. La traición, en el plano histórico, sólo puede consumarse ocultando el pasado o recurriendo a interpretaciones falsas, que se acomoden a preferencias ideológicas y políticas cambiantes. La sociedad en cuestión es la Unión Europea y las víctimas de la traición, sus raíces cristianas.

La manifestación formal, la expresión jurídica de este crimen, comenzó a gestarse en el Palacio Real de la localidad belga de Laeken. El 14 y el 15 de diciembre de 2001, el Consejo Europeo, allí reunido, "...observando que la Unión Europea se encontraba en un momento decisivo de su existencia, convocó la Convención Europea sobre el futuro de Europa."³

El Consejo encomendó a la Convención que formulara propuestas sobre distintos temas y se preguntó "si la simplificación y la reorganización de los tratados no deberían preparar el terreno para la adopción de un texto constitucional."⁴ El mismo órgano designó para encabezar la Convención al expresidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing.

La Convención comenzó a sesionar en el Château de Val-Duchesse, también ubicado en Laeken, el 28 de febrero de 2002. Fijó su propio reglamento y la lista de temas que trataría. Entre ellos, el presidente expresó el objetivo de elaborar un "tratado constitucional".

Preocupado por la orientación que podía tomar ese trabajo, el 20 de agosto de 2002, Su Santidad san Juan Pablo II dirigió a la Convención, que se encontraba en ese momento en plena elaboración del proyecto, un mensaje que, en los párrafos especialmente referidos a las raíces culturales y los valores fundamentales de Europa, recordó que la tradición judeocristiana había sido la fuerza capaz de armonizar y consolidar las contribuciones culturales de muchos pueblos a los valores europeos.⁵

En el mismo documento, san Juan Pablo II sostuvo que tanto la memoria histórica como la misión de Europa requerían la inspiración de las raíces cristianas europeas.⁶ Y completó su análisis de la tarea en la que estaban empeñados los convencionales, expresando que, aun respetando una correcta concepción de la laicidad de las instituciones

políticas, ella daba a los valores antes mencionados un profundo arraigo de tipo trascendente, que se expresa en la apertura a la dimensión religiosa.⁷

En un nuevo esfuerzo para lograr el reconocimiento, que culminaba las declaraciones emitidas por reuniones de obispos y el conjunto de peticiones y presentaciones de instituciones religiosas, tanto católicas como protestantes, el 11 de octubre de 2002, el Papa se reunió en el Vaticano con el presidente del Parlamento Europeo, Pat Cox, para expresarle personalmente su preocupación por la falta de reconocimiento del legado cristiano de Europa en los textos que preparaba la Convención.

Pese a la esperanza manifestada por Su Santidad, la Convención ignoró la herencia cristiana. Siempre presidida por Giscard d'Estaing, completó un Proyecto de Tratado por el que se instituía una Constitución para Europa, que fue aprobado “por amplio consenso” en una reunión plenaria celebrada el 13 de junio de 2003. El 20 del mismo mes el texto fue presentado al Consejo Europeo reunido en Salónica.

El Proyecto contenía un preámbulo que no solamente no mencionaba al cristianismo, sino que comenzaba con una cita de la obra *La guerra del Peloponeso* del historiador ateniense Tucídides. Más adelante trataré la tendencia a confundir el origen de nuestra Civilización Occidental con el de la Civilización Helénica, como una manera de negar y rechazar el cristianismo. La cita de un autor griego para iniciar el preámbulo de una constitución para Europa fue una forma sutil de moverse en esa dirección. Transcribo a continuación su texto y el del Artículo Segundo, que fija los valores que la Unión defiende:

*Χρώμεθα γὰρ πολιτεία... καὶ ὄνομα μὲν διὰ τὸ μὴ εἰς ὀλίγους ἀλλ' εἰς πλείονας οἰκεῖν δημοκρατία
κέκληται.*⁸

“Conscientes de que Europa es un continente portador de civilización, de que sus habitantes, llegados en sucesivas oleadas desde los tiempos más remotos, han venido desarrollando los valores que sustentan el humanismo: la igualdad de las personas, la libertad y el respeto a la razón,

“Con la inspiración de las herencias culturales, religiosas y humanistas de Europa, cuyos valores, aún presentes en su patrimonio, han hecho arraigar en la vida de la sociedad el lugar primordial de la persona y de sus derechos inviolables e inalienables, así como el respeto del Derecho.”

Al hablar de “herencias culturales, religiosas y humanistas” se invocan y se ponen en un plano de igualdad el cristianismo y el paganismo.

“Artículo 2º - Valores de la Unión:

“La Unión se fundamenta en los valores de respeto a la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, estado de derecho y respeto a los derechos humanos. Estos valores son comunes a los estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la no discriminación.”

Los “padres de Europa” y la inspiración cristiana de la unidad europea

Se reconoce la calificación de “padres de Europa” a los cuatro precursores Jean Monnet, Robert Schuman, Konrad Adenauer y Alcide de Gasperi, por ser los iniciadores del proceso de integración continental. Los tres últimos eran cristianos católicos practicantes.

De Gasperi es objeto de un proceso que tiene como meta su canonización, y ya ha sido declarado siervo de Dios.

Konrad Adenauer fue un católico ferviente, lo que no impidió que durante la república de Weimar defendiera la apertura de su partido, Zentrum, o Partido del Centro, a

la incorporación de protestantes. Tomó la misma postura después de la segunda guerra mundial con respecto a la integración de la CDU o Partido de la Democracia Cristiana de Alemania.

Jean-Baptiste Nicolas Robert Schuman fue miembro del Partido Popular Republicano, un partido de inspiración demócrata cristiana cuya base fundamental era el voto católico. Su famosa “Déclaration” puso en marcha el proceso de integración, que comenzó con la constitución de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Se está analizando su beatificación.

Jean Monet nació en una familia católica, pero es el único de los cuatro que no parece haber sido tan practicante. Se unió a una mujer que estaba casada y recurrió a una maniobra para lograr su divorcio.⁹ Pero, cuando ella enviudó, se casaron por la iglesia y vivieron juntos en una relación muy estrecha durante cuarenta y cinco años.

Sin perjuicio de muchas otras motivaciones, me parece evidente que estos cuatro líderes se inspiraron en una visión unificadora de la Cristiandad Occidental, perdida por el surgimiento de los estados nacionales y la Reforma. En la Edad Media, Europa se caracterizó por la existencia de una comunidad políticamente fragmentada en una estructura feudal, complementada por la existencia de ciudades comerciales libres, monasterios y conventos con gran autonomía y órdenes de caballería que trascendían las fronteras, muy permeables, de los reinos. Pero unificada por una cosmovisión única, el cristianismo; un idioma común para la clase dirigente y pensante, el latín; y dos instituciones paneuropeas: la Iglesia y el Imperio.

Los “padres” estaban muertos cuando se reunió la convención. Los “hijos” tenían otros valores

Los cuatro “padres” habían muerto cuando se constituyó la convención. Giscard d’Estaing tenía, como los “padres”, sólidos antecedentes como militante “federalista”, es decir, partidario de la plena integración de los países europeos en un estado federal, los Estados Unidos de Europa.¹⁰ Pero, a diferencia de los iniciadores del movimiento federalista europeo, no había mostrado la misma fidelidad a la fe y la tradición cristianas. Siendo presidente de Francia impulsó la legislación que autorizó en ese país el divorcio vincular por mutuo acuerdo y la legalización del aborto inducido.

El Proyecto es rechazado en las urnas

Aprobado por las autoridades competentes de la Unión Europea, el siguiente paso debió ser la ratificación del proyecto por todos los estados miembros. Afortunadamente, algunos países consultaron a su electorado, que en ciertos casos demostró ser más sabio que sus gobernantes.

El 20 de febrero de 2005, el Tratado que establecía una Constitución para Europa fue sometido a referéndum consultivo en España. Con una participación del cuarenta y uno por cien del padrón, se registraron votos positivos por el casi el ochenta y dos por cien del total emitido.

En Luxemburgo el resultado también fue favorable a la ratificación, con el cincuenta y seis por cien de votos por el “sí”.

En Irlanda, en cambio, un referéndum sobre la reforma constitucional que debía abrir el camino hacia la ratificación del Tratado, celebrado el 12 de junio de 2008, terminó con la derrota de la propuesta por el cincuenta y tres por cien de votos negativos contra casi cuarenta y siete por cien de votos positivos.

La tendencia negativa continuó en los Países Bajos. Sesenta y uno por cien de los votos emitidos en el referéndum consultivo que se llevó a cabo el 1 de junio de 2005 fueron

contrarios a la ratificación del Proyecto.

Finalmente, el tiro de gracia lo dio el electorado francés: cincuenta y cuatro por cien de los votantes optó por el “no”, en uno de los países fundadores de las Comunidades Europeas y también uno de los integrantes del eje francoalemán que ha constituido la columna vertebral de la integración europea desde el inicio del proceso.

Se aprueba el Tratado de Lisboa en lugar de la Constitución

Para reemplazar la constitución que hubiesen querido promulgar, las autoridades de la Unión sancionaron el Tratado de Lisboa. Esa clase de instrumento jurídico no requiere ratificación mediante consulta popular. El tratado resuelve las cuestiones operativas que debieron ser parte de un texto constitucional pero no se limita a ellas. Comienza con modificaciones al Tratado de la Unión Europea, en cuyo Preámbulo agrega un inciso segundo que dice:

“INSPIRÁNDOSE en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de Derecho.”

Este preámbulo es menos presuntuoso que el del Proyecto, pero insiste en la negativa a mencionar las raíces cristianas de nuestra civilización.

Cuando se habla de “las raíces de Europa”, es evidente que no se está hablando del continente europeo como realidad geográfica. Cómo se formó ese continente a través de millones de años es una cuestión a determinar por los geólogos. El debate se refiere a las raíces de la civilización que hoy ocupa ese territorio: la Civilización Occidental.

La cita de un historiador ateniense para iniciar el texto constitucional es un fuerte indicio de que la mayoría de la Convención se enroló en una corriente de pensamiento que pretende considerar que Occidente es la misma civilización que la llamada Helénica o Grecorromana. Existe consenso entre los historiadores sobre el nacimiento de esa cultura: ocurrió en la época denominada “arcaica” de la historia de Grecia, en los siglos VIII y VII antes de Cristo. Es evidente que, si la civilización que hoy llamamos Occidental fuera la misma cultura, no podría tener raíces cristianas.

Un análisis profundo del enfrentamiento entre corrientes opuestas de interpretación histórica debe comenzar por analizar el significado de cada uno de los dos términos fundamentales: “civilización” y “raíces”. Ambos vocablos son ambiguos.

Frecuentemente se llama “civilización” al conjunto de conocimientos, ideas, artes, ciencias e instituciones que caracterizan la cultura de un determinado pueblo, nación, etc. Pero ese vocablo también denota un tipo de sociedad humana. Es decir, una clase de sociedad que podemos ubicar en una escala que comprende la familia, el clan, la tribu, la nación hasta la civilización. Ésta es la sociedad más amplia por debajo de la humanidad entera.

El Diccionario de la lengua española de la Real Academia define el término “civilización” como “el estadio cultural propio de las sociedades más avanzadas por el nivel de su ciencia, artes, ideas y costumbres”. Esta definición, al referirse al nivel cultural alcanzado, distingue las sociedades civilizadas de las sociedades primitivas.

El historiador inglés Arnold Toynbee coincide con esa definición y formula un criterio de distinción: las civilizaciones o sociedades civilizadas son dinámicas, están en continuo proceso de cambio, mientras que las sociedades primitivas —que seguramente fueron dinámicas en la prehistoria para alcanzar un cierto nivel cultural— aparecen estancadas en ese nivel al

comenzar la historia.¹¹

Con respecto al término “raíces” es evidente que se trata de determinar su significado cuando se lo usa en sentido figurado. Y en ese carácter también es ambiguo. En la plataforma virtual YouTube puede verse una excelente serie de conferencias de la historiadora española Eva Tobalina. Su título es precisamente “*Raíces de Europa*”. Se inicia con la historia de civilizaciones como la egipcia y las de la Mesopotamia. Es decir, se basa en una interpretación que considera que ese vocablo incluye todos los aportes culturales que el continente europeo puede haber recibido directa o indirectamente de todas las culturas anteriores. Tomando los términos con esa amplitud uno podría encontrar que en los últimos siglos Occidente también se ha nutrido de diversos elementos provenientes de la India, de Japón y de China. El debate sobre la redacción del Proyecto de Constitución para Europa no se planteó tomando el término con un significado tan amplio.

La controversia se refirió al nacimiento de la Civilización Occidental y a la identidad de los fundadores. Aunque las ideas, los conocimientos, las instituciones y las religiones migran, las raíces de una sociedad están determinadas por su nacimiento. Quedan fijas en su historia. No cambian por el hecho de que a lo largo de su existencia reciba aportes culturales de otras sociedades.

Claramente, san Juan Pablo II no negaba los muy importantes aportes griegos a Occidente y al propio cristianismo.¹² Pero reclamaba el reconocimiento de que la Civilización Occidental es una civilización distinta de la Helénica que nació de la Iglesia Cristiana después de la caída del Imperio Romano.

En la era de la posverdad hasta el pasado se puede alterar

Lamentablemente, en la época en que vivimos el pasado no está libre de manipulación. Se lo puede cambiar mediante falsas interpretaciones. La corriente de pensamiento que niega las raíces cristianas de nuestra civilización intenta unificarla con la civilización Helénica o Grecorromana.

Como hemos dicho, la Convención se negó a reconocer las raíces cristianas de Europa y, por el contrario, el proyecto comenzaba con una cita del historiador ateniense Tucídides. La negativa a reconocer las raíces de Europa debe insertarse en el largo e incesante proceso de secularización, rayano en un deliberado deseo de descristianizar el continente. Y la elección de la expresión de Tucídides probablemente buscara recalcar la importancia asignada al sistema político en detrimento de pilares más sólidos y perdurables, a los que la generalidad de la ciencia histórica recurre para caracterizar cada sociedad como su religión o su filosofía predominante, es decir, su cosmovisión.

La oración “Se llama democracia porque el poder no está en manos de unos pocos sino de la mayoría”, atribuida al almirante ateniense Pericles, merece algunas aclaraciones. Los ciudadanos en Atenas eran solo una pequeña minoría de los habitantes varones. Desde luego, se excluía a los esclavos y a las mujeres. Tampoco tenía derechos políticos una importante proporción de la población por ser extranjera. Eso era así pese a que la mayoría de los extranjeros que habitaban Ática en el siglo V a. J. C. provenían de otras ciudades griegas. Pericles, líder del partido democrático al que volveré a referirme más adelante, propició una ley que negó la ciudadanía ateniense a los nacidos en su territorio si alguno de sus padres era extranjero.

Otra aclaración importante para entender el significado del término “democracia” en Atenas es que la representación en distintos órganos se hacía en forma indirecta, a través de las diferentes circunscripciones en que se dividía Ática llamadas “demos”. La “democracia” era

el gobierno de los demos. No debe confundirse con el sentido que ha adquirido ese vocablo en la actualidad.

La interpretación del pasado que considera que la Civilización Occidental es la misma que la Helénica tiene una larga tradición. La primera insinuación de esta corriente que he encontrado está en los *Discursos a la Primera Década de Tito Livio*, de Nicolás Maquiavelo. Pero la expresión más fuerte y destructiva de la misma que conozco es la del antropólogo escocés James Frazer. Este pensador no solamente postula la continuidad en Europa de una sola civilización, sino que considera al cristianismo como una infección de gérmenes orientales que la debilitaron hasta casi matarla.¹³

Según este pensador, la civilización occidental ya no habría nacido en los monasterios cristianos después de la caída del Imperio. Sería la misma Civilización Helénica que, atacada por gérmenes orientales, habría estado muy debilitada hasta casi perecer. El aporte israelita introducido en Europa por los judíos primero, y los cristianos con mucha mayor profundidad después, sería un virus casi mortal del que debía liberarse lo antes posible. A partir del Renacimiento, nos dice Frazer, nuestra sociedad habría comenzado a sanar. La paulatina pero incesante descristianización de Europa y el retorno a los ideales y valores paganos –“a concepciones del mundo más sanas y viriles”– serían manifestaciones positivas de ese proceso.

La interpretación histórica mayoritaria

La mayoría de los historiadores que se han concentrado en el análisis comparativo de las civilizaciones concuerdan en que Occidente es una sociedad diferente de la Grecorromana. Como es habitual, José Ortega y Gasset es quien lo dice con mayor precisión: “En una visión retrospectiva a partir del presente, la primera manifestación clara del surgimiento de una nueva civilización es la constitución del imperio de Carlomagno. Antes de esta construcción política se encuentra un caos.”¹⁴

Es decir, Ortega afirma categóricamente que nuestra civilización no existía antes del siglo VIII de nuestra era. Y completa la idea al descubrir, en esta exploración intelectual, una civilización distinta anterior al caos, al interregno que la separa de Occidente.¹⁵

Esa sentencia sería de por sí suficiente para marcar la separación de las dos civilizaciones. Pero Ortega va más allá y recalca el papel decisivo de la iglesia cristiana en el nacimiento de la nueva civilización.¹⁶

La mentalidad propia de cada civilización

Gastón Bouthoul, un pensador francés nacido en Túnez, nos dice en su obra *Las mentalidades* que las civilizaciones generan en sus integrantes una mentalidad estable, propia, distinta de las que caracterizan a otras sociedades de la misma naturaleza. Esa estructura mental específica de cada civilización es independiente de las diferencias políticas e ideológicas y de los enfrentamientos nacionales o de clase en que naturalmente se divide la población.¹⁷

Aunque no comparta su determinismo, recorro en este punto al filósofo e historiador alemán Oswald Spengler porque ha desarrollado más que ningún otro autor que yo conozca el tema del carácter particular de cada cultura, de esa actitud ante la realidad que Bouthoul llama “mentalidad”.

A juicio de Spengler, abonado por gran cantidad de ejemplos históricos, cada cultura produce, y a su vez es producto, de hombres que tienen una mentalidad, una cosmovisión común, consciente o inconsciente, claramente distinta de la de los hombres de otras

sociedades. Esa cosmovisión, esa mentalidad, es tan fuerte, tan firme y tan decisiva para la evolución de cada cultura que Spengler la llama “alma”. Y emplea términos poéticos para denominar cada una de las que estudia.

Así, los griegos y romanos habrían tenido un alma “apolínea”, caracterizada por la búsqueda de un mundo armónico, de cuerpos y realidades limitadas, bellamente proporcionadas; un tiempo circular, repetitivo; la imagen ideal del sol en el cenit, de un mediodía sin sombras.

Nosotros, los occidentales, tendríamos un alma “fáustica”. Esa alma se caracteriza por una voluntad de conocimiento y de poder sobre el universo que no reconoce límites. Spengler la llama así porque Fausto vendió su alma al diablo para llegar a saber todo.

En el Génesis, Dios le ordena a Adán que ponga nombre a las cosas. Es fácil decirle “perro” a un perro y “caballo” a un caballo, pero el hombre occidental, con una mentalidad forjada en el cristianismo, no ha parado en esas realidades sencillas.

Le hemos puesto nombre a partículas subatómicas. Muy recientemente, para verificar la existencia del bosón de Higgs, se construyó en la frontera francosuiza un colisionador de hadrones que costó varios miles de millones de dólares, involucra a miles de investigadores de muchos países de todo el mundo y llevó años de trabajo.

Sea cual fuere la evaluación que merezca esta caracterización que hace Spengler, no deja ninguna duda sobre su posición en el sentido de considerar que la Civilización Occidental es claramente distinta de la Helénica.

Por su parte, Ortega aporta una visión que diferencia al hombre helénico del occidental al referirse al sentido que cada uno asigna a su vida: la vida como aguantar los golpes del destino de los estoicos y la vida concebida por los occidentales como misión, una actitud inculcada en Europa por el cristianismo, que persiste independientemente de las creencias religiosas de cada uno:

“(para) el hombre antiguo la vida recta consistía en aguantar con dignidad los golpes de la fortuna – esto era en su mejor extremo el estoicismo: la vida como aguantar, el *sustine* de Séneca. Pero desde el cristianismo el hombre, por ateo que sea, sabe, ve que... la vida humana debe ser entrega de sí misma, vida como misión premeditada”.¹⁸

Toynbee y la civilización como campo mínimo del estudio histórico

El historiador y filósofo de la historia inglés Arnold Toynbee es quien ha dedicado más esfuerzo y ha escrito más páginas dedicadas al estudio comparativo de las civilizaciones. Y lo ha hecho porque considera que esa clase de sociedad es el campo mínimo de estudio histórico que permite encontrar un sentido a los hechos que se suceden. Para él, las naciones –y otros agrupamientos humanos menores– son demasiado efímeros y cambiantes.

En el capítulo cuarto del tomo primero de su gran obra *A Study of History*, publicada en castellano con el título *Estudio de la historia*, Toynbee analiza en primer lugar la extensión de ese campo de estudio en el espacio. Así identifica a la civilización de la que su propio país, Gran Bretaña, es parte, y analiza distintas denominaciones. Pasa por “el mundo de los francos”, teniendo en cuenta que su primera manifestación orgánica institucional fue el imperio de Carlomagno, para considerar el término “Cristiandad Occidental” pero finalmente opta por el término más simple de “Occidente”, teniendo en cuenta la fractura producida en Europa por la reforma protestante. Luego procede a identificar cuatro civilizaciones diferentes que existen hoy en el mundo: la Cristiana Ortodoxa, la Islámica, la Hindú y la del Lejano Oriente.¹⁹

En el capítulo siguiente, “La extensión de nuestro campo en el tiempo”,²⁰ Toynbee

encuentra una sociedad del mismo tipo que Occidente, es decir, una civilización que prefiere denominar “Helénica” en lugar de “Grecorromana”. Con respecto a esta sociedad, Toynbee no duda en expresar categóricamente que “lleva doce siglos y medio de extinción”²¹. Si tenemos en cuenta que la primera edición inglesa se publicó en 1933, podríamos agregar casi un siglo a ese período.

Otro elemento fundamental para la tesis que sostengo es que este historiador considera que los dos elementos generados en la Civilización Helénica que tienen alguna relevancia para la vida de Occidente fueron los bárbaros que destruyeron formalmente un imperio ya carcomido por dentro debido a sus propias falencias y la Iglesia Cristiana, que fue el factor decisivo en el nacimiento de una nueva civilización, la nuestra.²²

La influencia helénica en Occidente no contradice la realidad de dos civilizaciones diferentes

Es importante puntualizar que la controversia respecto de las raíces de Europa suscitada a raíz de la redacción del proyecto de constitución se refirió al nacimiento de la Civilización Occidental y a la identidad de los fundadores. Aunque las ideas, los conocimientos, las instituciones y las religiones migran, las raíces de una sociedad están determinadas por su nacimiento. Quedan fijas en su historia. No cambian por el hecho de que a lo largo de su existencia reciba aportes culturales de otras sociedades.

Claramente, san Juan Pablo II no negaba los muy importantes aportes griegos a Occidente y al propio cristianismo. Pero reclamaba el reconocimiento de la Civilización Occidental como una civilización distinta de la Helénica que nació de la Iglesia Cristiana después de la caída del Imperio Romano.

Un testimonio muy claro de la importancia del aporte griego al desarrollo del cristianismo es el que debemos a S. S. Benedicto XVI en el discurso que pronunció en la Universidad de Ratisbona. En esa extraordinaria reflexión, se rescatan diversas manifestaciones de una síntesis entre el pensamiento griego y la fe cristiana, que los hace inseparables: el término “logos” aplicado a Jesús en el Evangelio de San Juan; la propia definición de Dios ante Moisés como “El que soy”, es decir el ser por antonomasia; la traducción de la Biblia Hebrea al griego conocida como la Biblia de los Setenta; todos estos pasos anticipaban la “profunda consonancia entre lo griego en su mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia”.²³

Toynbee, un pensador de origen protestante que luego se definió como agnóstico, lo afirma con absoluta claridad cuando dice:

“en el mundo occidental y bizantino, el cristianismo conquistó un monopolio que mantuvo durante siglos... el helenismo sólo ha sobrevivido en la medida en que el cristianismo incorporó elementos helénicos... (la) herencia cultural (de occidente) está tan por entero saturada con el cristianismo que es imposible que se desembarace de su pasado cristiano como queda demostrado, por ejemplo, por la claridad de los orígenes judeocristianos de la ideología comunista.”²⁴

El desprecio por la llamada “Edad Media”

La exaltación de la Civilización Helénica y la visión negativa sobre el aporte de Israel se completa con el desprecio por la llamada “Edad Media”. Ese período fue el más creativo y fecundo de la historia occidental porque en él se creó una nueva civilización a partir del caos generado por la caída del Imperio Romano de Occidente.

He tratado este tema en un artículo publicado por el órgano electrónico del Club del

Progreso, en el que menciono diversas innovaciones y descubrimientos de esa época.²⁵

Baste repetir aquí la importancia de la actitud positiva hacia el trabajo que el cristianismo trajo consigo desde el mismo nacimiento de Occidente, por oposición al desprecio que griegos y romanos sentían por él. Como símbolo de esta actitud recordemos a San Benito de Nursia, fundador de la Orden Monástica de los Benedictinos, a principios del siglo XVI, bajo la regla: *ora et labora*.

El repudio a la ética judeocristiana

Como hemos visto, Frazer pedía un retorno a actitudes más viriles frente al efecto debilitante que atribuía al cristianismo. El primer pensador occidental que lamentó ese supuesto efecto negativo de la moral cristiana, y reivindicó la moral romana, pagana, precristiana, probablemente haya sido Nicolás Maquiavelo.

Desesperado ante la indefensión en que se encontraba Italia debido a su división en múltiples feudos frente a potencias nacionales como España y Francia, buscó un príncipe inescrupuloso que unificara el país. La descripción de los métodos que el líder debía emplear dio lugar a *El príncipe*, una obra maestra de ciencia política. Y un manual de cabecera de todos los líderes autoritarios del mundo. Pero es en sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* donde expresa su visión de que el cristianismo ha debilitado a la civilización que, para él, es la misma que nació en Grecia.

“Nuestra religión ha tendido a glorificar hombres humildes y contemplativos más que hombres de acción. Más aún, ha sostenido que el mayor bien está en la humildad, la modestia y el desprecio por las cosas humanas. (La) religión (romana) lo ubicaba en la grandeza de espíritu, la fuerza física y todas las cosas que hacen valientes a los hombres. Si nuestra religión exige coraje de un hombre, lo hace para que pueda sufrir más que para que haga algo audaz. Esta forma de vida, entonces, parece haber hecho débil al mundo y haberlo entregado como presa de los malvados que seguramente pueden manejarlo, ya que la mayoría de los hombres, en busca del paraíso, piensa más en tolerar golpes que en vengarlos.”²⁶

Maquiavelo fue el precursor de una línea de pensamiento que continúa con Edward Gibbon y James Frazer y desemboca en Friedrich Nietzsche.

El historiador inglés Edward Gibbon, en su obra *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*,²⁷ también atribuye al cristianismo un efecto destructivo del Imperio. Gibbon parte de la historia de Roma en el período en que estaba gobernada por la dinastía de los Antoninos, los llamados “emperadores filósofos”, cuando las religiones orientales habían comenzado a propagarse en las capas sociales más bajas, pero aún no habían penetrado la clase dirigente.

Es correcto que el Imperio comenzó un proceso de decadencia a partir del último emperador de esa dinastía, Cómodo. Pero las causas son mucho más complejas y se explican por factores internos de la sociedad romana. El cristianismo era, por el contrario, el único movimiento vivo que se desarrollaba dentro de la inmensa, grandiosa, caparazón imperial que albergaba ya un organismo moribundo.

De todas maneras, el análisis de las verdaderas causas que llevaron a la caída del imperio excede los límites de este trabajo. Baste decir que Gibbon se enrola en la corriente que atribuye al efecto debilitante de la moral judeocristiana la destrucción del estado en el que se había desarrollado. La frase final del capítulo que trata la muerte del último emperador romano de occidente lo dice todo: “He descripto el triunfo de la barbarie y la religión.”

Por su parte, Friedrich Nietzsche, en su obra *La genealogía de la moral*,²⁸ calificó la ética judeocristiana como una moral de esclavos, elaborada por un pueblo débil, rodeado, y a menudo sometido, por naciones más fuertes. Este pensador alemán sostiene que la adhesión a esa ética pudo haber tenido sentido en las primeras épocas del cristianismo, cuando se nutría de las clases más bajas de la sociedad y sufría persecuciones, pero no cuando ya era la religión dominante en Europa y ese continente hacía sentir su hegemonía sobre el planeta entero.

En la misma línea de pensamiento, en *Así habló Zaratustra*, (título original *Also Sprach Zarathustra*) Nietzsche invoca el surgimiento de un “superhombre” que “rompa las viejas tablas”,²⁹ es decir, que libere a Europa de la ética judeocristiana. La expresión “viejas tablas” se refiere a las Tablas de La Ley, que Moisés recibió de Dios en el Monte Sinaí.

El proceso de secularización

Descripta la negación de la naturaleza cristiana de nuestra cultura y el intento de confundirla con una sociedad más antigua, pagana, corresponde ahora analizar el proceso histórico que ha llevado a Europa a esta traición y los factores intelectuales y políticos que lo impulsaron.

El término más general que podemos emplear para denominar ese proceso es el de “secularización”. Y un análisis profundo del mismo escapa a las posibilidades de este trabajo. Por ello, para trazar apenas sus grandes lineamientos recurro a un exhaustivo trabajo realizado por monseñor Mariano Fazio en su obra *Historia de las ideas contemporáneas*.³⁰

Fazio ve en el proceso de secularización el hilo conductor de las distintas ideologías que caracterizan el Occidente moderno. Y comienza por hacer una primera y fundamental distinción: la “secularización” no implica necesariamente “descristianización”.³¹

Una forma de secularización positiva fue la que eliminó la confusión entre el poder espiritual y el poder temporal, fenómeno que llevó en muchos casos a involucrar a la jerarquía eclesiástica en el gobierno de los estados. Un ejemplo destacable es el del cardenal Richelieu. Una consecuencia sorprendente de esta confusión es el papel de Francia en la serie de hostilidades conocidas con el título genérico de “Guerra de los Treinta Años”. Más interesado en fortalecer a Francia, donde reinaban los Borbones, frente a la amplia gama de territorios gobernados por los Habsburgo, Richelieu hizo que Francia entrara en esa guerra aliada a los estados protestantes. Esta decisión muestra, además, que las llamadas “guerras de religión” obedecían a un conjunto variado de intereses, siendo muchas veces las disputas religiosas una excusa.

La secularización que nos preocupa, y que constituye uno de los factores de la traición de Europa a sus raíces cristianas, es la que puede denominarse “laicismo” y que consiste en sostener la autonomía total de lo temporal, de lo mundano, con respecto al orden espiritual. Se llega así a dejar de lado todo elemento trascendente en la vida pública de la sociedad.

Escapa al objeto de esta presentación un análisis completo del proceso de secularización. Me limitaré a mencionar muy brevemente algunos signos que caracterizaron la secularización negativa, el laicismo.

El gnosticismo

El gnosticismo es un movimiento filosófico presente en Occidente desde el comienzo de nuestra civilización, enfrentado con el cristianismo, que se basa en la convicción de que la salvación se logra por la posesión de conocimientos secretos, que estarían en manos de unos

pocos iniciados.

Eric Voegelin nos dice que el origen probablemente sea precristiano y estuvo presente en diversas herejías desde el principio del cristianismo. La permanente actualización y reformulación del gnosticismo es, según este autor, una reacción a la pérdida del sentido de la historia mundana en la dicotomía planteada por San Agustín, al distinguir entre la Ciudad de Dios y la Ciudad Terrena. Solo la primera tenía sentido en la forma de la peregrinación de la iglesia cristiana hacia un fin trascendente. La segunda, donde imperios se formaban y caían, en cambio, no iba hacia ningún lado.

La forma más perdurable de esa búsqueda de certeza sobre el fin de la historia mundana es la que comienza con el monje Joaquín de Fiore, que en el siglo XIII formuló una filosofía de la historia determinista compuesta de tres períodos: las edades del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Esta visión, herética pero inspirada en el cristianismo, adquirió características cada vez más alejadas de ese origen en la reformulación de las tres etapas –la “salvación” se logra en la tercera– como Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna; en la secuencia de Comte compuesta de las fases teológica, metafísica y científica de la historia; la tres etapas en las que según Hegel se llega a la realización espiritual; las etapas postuladas por Marx que van del comunismo inicial, a la sociedad de clases y el comunismo final; y la visión nacionalsocialista de los tres imperios alemanes.³²

Voegelin ve en el concepto de las tres Romas, y la visión de Moscú como la Tercera Roma, un fenómeno similar en la Civilización Cristiana Ortodoxa. Y afirma que esta convicción no había cambiado en 1952 –al publicarse la primera edición de su obra– por el reemplazo del Imperio Ruso por la Unión Soviética. He sostenido en un artículo publicado en *La Nación* que la misma misión, que Toynbee llamó “el legado bizantino de Rusia”, ha sido retomada por el presidente Vladimir Putin, en ocasión de la reforma constitucional rusa de 2020.³³

“Pero crisis de fe” nos dice Fazio, “no equivale a la desaparición del sentido religioso. Si lo que desaparece es la fe en un Dios personal y trascendente, el sentido religioso inherente al espíritu humano encuentra otros centros, que se absolutizan.”³⁴

En la segunda mitad del siglo XX, el gnosticismo adquirió un carácter más difuso, adaptándose a la principal corriente intelectual de la posguerra, el relativismo, del que hablaremos más adelante. Es así que nos encontramos con una proliferación de fenómenos como el espiritismo, el tarot, la astrología y los horóscopos, que pueden resumirse bajo los títulos de “New Age” y la “Era de Acuario”. La más reciente, y estrafalaria, manifestación de espiritismo es la “comunicación” con difuntos recurriendo a un *chatbot* operado por un algoritmo.

Lo más sorprendente es el muy generalizado sincretismo entre la New Age y el cristianismo. Muchas personas que se declaran cristianas creen simultáneamente que quizá exista la reencarnación, que los astros influyen su vida, que su signo astrológico es relevante para determinar su carácter y leen ávidamente los horóscopos que, por otra parte, son publicados por los diarios y periódicos más serios.

Una de las expresiones de esta nueva forma de gnosticismo es la muy exitosa novela *The Celestine Prophecy*, en la que el protagonista es introducido en sucesivas revelaciones a través de la lectura de “protocolos”, cada uno de los cuales explica el anterior. Sintomáticamente, se ve impedido de conocer el último, que le hubiera develado el misterio final. Es también interesante señalar que juegan un papel decisivo en esta progresiva ilustración sacerdotes enfrentados con la iglesia oficial, la que, unida al poder político,

persigue a los “iluminados”.³⁵

Roberto Bosca atribuye este auge de esoterismo al vacío que han dejado el debilitamiento del cristianismo y la declinación de las religiones laicas que pretendieron reemplazarlo: las ideologías y la fe en el progreso inevitable.³⁶

La Ilustración y el Iluminismo

El movimiento anticristiano más importante fue la Ilustración y el llamado “Iluminismo”; que más que iluminar encandiló Europa haciéndole creer que la razón, la ciencia, estaba en condiciones de resolver todos los problemas, contestar todos los interrogantes y que, por lo tanto, se podía prescindir de la fe.

En el plano político la Ilustración se manifiesta con el mito del contrato social como origen del estado. Los mitos o metáforas son útiles para facilitar la explicación de fenómenos complejos. Lo mismo ocurre con las imágenes y los mapas. Es mucho más fácil mostrar un mapa que describir mediante palabras la geografía de un territorio. El problema surge cuando uno confunde la metáfora, la imagen o el mapa con la realidad. Y pretende sacar conclusiones analizando la metáfora, la imagen o el mapa.

Los pensadores contractualistas coinciden en postular como punto de partida de la sociedad humana la previa existencia de un “estado de naturaleza” en la que el hombre habría vivido en soledad. La decisión consciente de celebrar un “contrato social” se habría basado en la necesidad de lograr objetivos que el hombre no hubiera podido alcanzar por sí mismo. Las características positivas o negativas del supuesto “estado de naturaleza”, con respecto al cual discrepan estos autores, lleva a mayores o menores concesiones que los contratantes habrían estado dispuestos a ceder al poder político.

Lo importante es que todas las versiones del contractualismo se basan en esa falacia. Para encontrar a nuestros antepasados animales en el estado de naturaleza debemos remontarnos a períodos antropológicos muy anteriores a la aparición del hombre actual. La sociedad es anterior a la aparición del *homo sapiens sapiens*. La antropología contemporánea ha demostrado que el hombre actual es el resultado de una larga evolución en la que la comunicación con sus semejantes, el desarrollo del lenguaje, la transmisión de conocimientos y el trabajo con herramientas, aunque fueran muy primitivas, contribuyeron al desarrollo del cerebro. Es decir, el hombre se hizo *homo sapiens sapiens* en comunidad.

Esta correlación no se contradice con la afirmación de que cada cambio cladístico requirió la separación de una parte, probablemente minoritaria, del resto de la comunidad para evitar que el desarrollo cerebral de los individuos más avanzados fuera avasallado por el cruce con la mayoría menos evolucionada. En todos los casos, el cambio cladístico ocurre en una pluralidad de individuos conectados entre sí.³⁷

En el plano filosófico, la modernidad se caracteriza por cortar los vínculos con la trascendencia e insistir en la centralidad del hombre. Además, una corriente importante cayó en una moral utilitarista.

Es importante señalar, sin embargo, que algunos autores como Locke y Tocqueville sostuvieron que la moral cristiana era un presupuesto necesario para que su versión de liberalismo respetara límites éticos. En el mismo sentido, las constituciones liberales, como la nuestra, contienen invocaciones a Dios. Lamentablemente, los herederos políticos actuales de esos pensadores no han seguido su ejemplo.

En el siglo XX encontramos posiciones filosóficas más extremas como la de Ayn Rand, que son absolutamente individualistas y ateas.

Romanticismo y nacionalismo

Los extremos en que ya había caído la modernidad ideológica en el siglo XIX provocaron un movimiento contrario, caracterizado por el rechazo a la razón, cuya principal manifestación fue el romanticismo y el nacionalismo en Alemania.

Este movimiento exalta el sentimiento, el patriotismo, el orgullo por la propia raza o grupo étnico o la pertenencia a una clase social. En sus versiones más extremas llevó al nacionalismo agresivo y a la lucha de clases.

De todas maneras, el romanticismo y el nacionalismo, como el marxismo, no necesariamente hubiesen triunfado en Alemania y en Rusia sin el surgimiento de “superhombres” como los invocados por Nietzsche. En ese sentido, transcribo un párrafo tomado de *Tiempos Modernos*, del historiador inglés Paul Johnson:

“La tragedia principal de la historia del mundo en los tiempos modernos es que la república, en Rusia y en Alemania, halló sucesivamente en Lenin y Hitler adversarios de calibre excepcional, que expresaron la voluntad de poder con una intensidad única en la época contemporánea. Por supuesto, la aparición de una figura de este carácter no sorprendió a los exaltados de la derecha alemana. Todos los discípulos de Nietzsche coincidían en que un *Führer* era necesario y aparecería, semejante a un mesías.”³⁸

El rechazo de los valores tradicionales en la posguerra– El Relativismo

El rechazo a la violencia extrema provocada por el choque entre estos dos movimientos extremos generó una nueva revolución intelectual. Diversos pensadores consideraron que esos valores tradicionales (el patriotismo convertido en nacionalismo fanático; los vínculos comunitarios transformados en orgullo de una supuesta superioridad racial; los intereses comunes debido a ocupaciones similares impulsores de la guerra de clases) habían llevado a las dos guerras mundiales.

Llegamos así a la enfermedad que actualmente amenaza con destruir a Europa y que afecta también, desgraciadamente, a gran parte de Occidente: el relativismo. Y a la retórica que lo propone, lo sostiene y lo difunde: el pensamiento políticamente correcto.

A diferencia de todas las filosofías surgidas en Occidente que representaron posiciones firmes enfrentadas en mayor o menor medida con las creencias, la ética y los valores cristianos, el relativismo es el abandono de los mismos sin reemplazo alguno. Cada individuo cree lo que quiera, fabrica “su” verdad y elige las reglas éticas que le gusten.

Hasta la primera mitad del siglo XX, las distintas corrientes que caracterizaban la modernidad coincidían con los cristianos en la existencia de verdades objetivas. Para ser más precisos, todos estábamos de acuerdo en que cada pregunta tenía una sola respuesta verdadera. Obviamente, la mayor parte de las respuestas que proponía cada corriente debían ser tomadas como provisionarias, pero no se dudaba de que la búsqueda perseguía el descubrimiento de una verdad objetiva, igual para todos.

Los racionalistas, por ejemplo, se enfrentaban con los cristianos porque actuaban convencidos de que la razón podía responder todos los interrogantes, negando así todo valor a la fe. Pero al menos los cristianos podíamos discutir con ellos. El relativismo predominante hoy, en cambio, es como una ciénaga donde no hay ningún punto firme.

El teólogo estadounidense, Russell Ronald Reno III, en su libro *The Return of the Strong Gods*,³⁹ atribuye esta actitud a la reacción provocada por la violencia que se desató sobre el mundo en las guerras mundiales. Se impuso así un pensamiento caracterizado por imperativos negativos. Una larga lista de lo que está mal, de lo que no hay que decir o hacer y la

aplicación del epíteto “fascista” a cualquier dirigente político o pensador que defienda valores tradicionales, cuestione el relativismo o enfrente a las élites dominantes. Una distorsión terminológica que lleva a la aplicación de ese calificativo a líderes que defienden políticas económicas liberales que no tienen nada que ver con las del Duce.⁴⁰

Es así como el pensamiento políticamente correcto se ha transformado en una nueva forma de totalitarismo que niega legitimidad a cualquier pensamiento que lo cuestione.

Reno es el editor de la revista *First Things*. Fue profesor de teología y ética en Creighton University. En 2004, siendo miembro del Comité de Teología de la Cámara de los Obispos de la Iglesia Episcopal, se convirtió al catolicismo.

La expresión “dioses fuertes”, incluida en el título de su obra, no se refiere a los dioses paganos. Reno la usa para referirse a los valores que suscitan la devoción de los hombres, las fuentes de las pasiones y lealtades que unen a las sociedades.⁴¹ Este autor denuncia:

“un multiculturalismo antioccidental que le roba al pueblo su herencia cultural. Las migraciones masivas modifican radicalmente el ambiente social. El cortejo, el matrimonio y la familia ya no son el objeto de nuestras aspiraciones. Los límites son porosos, incluyendo al que separa el hombre de la mujer. Todos los años podemos contar decenas de miles de sobredosis de heroína y otras drogas. Centenares de miles (de seres humanos) son asesinados antes de nacer.”⁴²

Karl Popper y el relativismo contemporáneo

Reno acusa al filósofo Karl Popper de ser el principal impulsor del relativismo. Y centra su ataque sobre la obra *The Open Society and its Enemies*.⁴³ Por eso, para completar esta presentación, dedicaré el tiempo restante a analizar esta obra.

Los ejes fundamentales del pensamiento de Popper son: a) su ataque a los filósofos socráticos Platón y Aristóteles; b) su rechazo de la metafísica y de los valores tradicionales cristianos; c) su propuesta de que cada problema sea analizado y tratado caso por caso mediante la aplicación del método científico; y d) una filosofía de la historia que divide todas las civilizaciones y culturas que han existido en solo dos categorías: sociedades tribales o cerradas y sociedades abiertas.

El ataque de Popper a los filósofos socráticos

Popper dedica casi todo el primer tomo de su obra a atacar el pensamiento político de Platón. En el segundo tomo continúa su ataque contra los filósofos que, a su juicio, han alimentado la corriente que llevó a la aparición de los regímenes totalitarios del siglo XX, colocando en la misma bolsa a Aristóteles, a Hegel y a Marx.

Creo que hay suficientes motivos circunstanciales que justifican la desconfianza de Platón hacia la democracia ateniense. Es comprensible que ese sentimiento lo llevara a proponer un régimen político utópico, aristocrático, en cuya cima colocó a los filósofos. Tengamos en cuenta que a su maestro, Sócrates, lo juzgaron y condenaron los demócratas atenienses. Es plausible la teoría que explica la decisión del tribunal como consecuencia de la relación de Sócrates con su discípulo Critias, un pensador muy activo en la política ateniense y de otras ciudades griegas, enrolado en el partido oligárquico, que había integrado el gobierno de los Treinta Tiranos. Fue, además, tío de Platón.

Por otra parte, fueron los demócratas atenienses los que provocaron la Guerra del Peloponeso. Popper contrapone a la utopía platónica la Atenas del Siglo de Pericles como única sociedad abierta anterior a la que, según su visión, habría nacido en Europa a partir de la Ilustración. Pero, la democracia ateniense, como he señalado más arriba, se llama así

porque las elecciones se hacían en forma indirecta a través de distritos llamados “demos”. Y también he resaltado que los ciudadanos atenienses en condiciones de ejercer derechos políticos representaban una proporción muy pequeña de la población.

Además, Pericles y los demócratas atenienses ejecutaron el desfalco más famoso de la historia: el vaciamiento del tesoro de la Liga de Delos para reconstruir Atenas, que había sido arrasada por el ejército persa en las Guerras Médicas. Hoy podemos apreciar el resultado al admirar obras como las que vemos en la Acrópolis de esa ciudad (y especialmente el Partenón). Pero el efecto político fue la justificada reacción negativa de muchas de las ciudades que integraban esa Liga. Y la consiguiente represión ateniense. Pericles, que Popper y los liberales han endiosado, fue uno de los *strategos* (es decir, generales o almirantes) que condujeron esa represión, reduciendo a la esclavitud a los habitantes de muchas de las ciudades e islas que resistieron.

Popper opina que el objetivo de las ideas de Platón sobre las características ideales de un estado era detener el cambio. Esto también es comprensible porque Platón representa la primera generación cuya actuación pública tuvo lugar después de la Guerra del Peloponeso. Platón tenía 21 o 22 años en la fecha en que la derrota en el desastre naval de Egospótamos forzó la rendición de Atenas.

Creo que es unánime la opinión de que esa guerra marcó el comienzo de la decadencia de Grecia. Y es entonces razonable que un pensador de esa época buscara detener un proceso que sólo profundizaba la caída.

La única explicación que encuentro para esta posición tan negativa y exagerada de Popper es que escribió *The Open Society and its Enemies* en Nueva Zelanda, durante la Segunda Guerra Mundial. Si bien esa obra se publicó en 1945, puedo suponer que su concepción inicial y gran parte de la redacción tuvieron lugar cuando no se podía descartar un triunfo del Eje. Y terminada la guerra, la mitad de Europa quedó sometida a otro totalitarismo. Me imagino que el temor generado por esos hechos lo llevaron a producir un libro que, pese a su longitud, la información volcada en ella y la terminología filosófica empleada, tiene el tono panfletario de las comunicaciones, discursos, películas y publicaciones que naturalmente emiten las partes beligerantes.

La visión histórica de Popper

En lo que respecta a la cuestión de las raíces cristianas de nuestra civilización, Popper afirma sin fundamentación, y casi al pasar, que el origen de Occidente está en Grecia.⁴⁴ No resulta claro el sentido de esta afirmación porque en la introducción de su obra sostiene que “nuestra civilización está en su infancia”.⁴⁵ Lo hace como prólogo de la exposición de la interpretación histórica más extraña que conozco. Contrariando a la totalidad de los historiadores y filósofos de la historia, Popper divide a todas las sociedades, civilizaciones y culturas en sólo dos clases: sociedades cerradas o tribales y sociedades abiertas.

Esta postura toma como criterio clasificatorio el sistema político. Sociedad abierta sería solamente Occidente desde hace unos trescientos años, con Atenas en el siglo de Pericles como precursora. Todas las demás sociedades primitivas o civilizadas que han existido en la historia de la humanidad, pese a la gran variedad cultural que las caracteriza, incluyendo Occidente hasta el surgimiento del liberalismo, serían sociedades cerradas.

La primera reflexión que merece esta extraña clasificación es que toma como base el sistema político, que es una característica muy cambiante y que, generalmente, tampoco es uniforme entre las distintas unidades políticas que integran una sociedad civilizada. En los

trescientos años a que se refiere Popper, sistemas más o menos democráticos y estados de derecho convivieron en Europa con monarquías absolutas y hasta regímenes como el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán.

Por lo tanto, cuando Popper dice “nuestra civilización está en su infancia”, está por un lado menospreciando a todo Occidente hasta la aparición del liberalismo y a gran parte de él desde entonces, considerando que ese pasado estuvo caracterizado por ser una sociedad cerrada, sujeta a fuerzas mágicas.

Popper y los sofistas

Como hemos visto, Popper no duda en atacar a Platón y a Aristóteles, los dos pilares de la filosofía europea cuyas ideas han sido cristianizadas por doctores de la Iglesia de la talla de San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Esa posición contrasta con su elogio de los sofistas, los relativistas de la Grecia clásica.

Uno de los integrantes de esa corriente que Popper menciona es Protágoras, a quien se atribuye la sentencia “El hombre es la medida de todas las cosas”.⁴⁶ Para un cristiano, la medida de todo es Jesucristo. Pero, aún si dejamos de lado por un momento la fe, y tomamos como hipótesis la afirmación de Protágoras, ¿cómo se aplicaría tal regla? Cada ser humano es distinto de los demás, en especial en los aspectos que interesan para las ciencias sociales en general y la ética en particular. ¿Se trata de aplicar como modelo un hombre abstracto, imaginado por Protágoras, o quizá por Popper? ¿O caeríamos nuevamente en el relativismo debido a que cada persona sería su propia medida?

Popper niega todo sentido y valor a la metafísica

Popper no solamente ataca la posibilidad de encontrar en la historia algún sentido; de descubrir leyes generales que permitan comprender mejor el pasado y de intentar describir posibles caminos para la evolución futura de una sociedad. También niega valor a la metafísica. Su propuesta para enfrentar todos los problemas es el método científico aplicado caso por caso.

Esta posición tan extrema, pero coherente con su relativismo extremo, merece diversos comentarios que, a mi juicio, la refutan en el propio campo metodológico que Popper prefiere.

La ciencia, aún en sus ramas más avanzadas y de mayor efectividad para describir y predecir fenómenos, se basa en axiomas que no pueden ser probados por el método científico. Me refiero a postulados muy básicos como la continuidad y la uniformidad de la naturaleza. No hay manera científica de demostrar que las leyes naturales que son válidas hoy lo serán mañana y lo mismo ocurre con el postulado de que esas leyes son válidas en todo el universo. Hasta ahora eso ha ocurrido y nos anima a continuar manteniendo estas convicciones, pero debemos saber que no pueden probarse por el mismo método que luego aplican las ciencias. El edificio científico se sostiene sobre axiomas no demostrables.
47

El extraordinario desarrollo de las ciencias en Occidente, muy superior al de todas las otras civilizaciones, se debe precisamente a la metafísica cristiana que basa los axiomas muy simples que he mencionado sobre otros fundamentos de mucho mayor importancia. Para ello recurro a las ideas expuestas por Stanley Jaki, un religioso católico especializado en la historia de las ciencias, en su obra *The Road of Science and the Ways to God*.⁴⁸

Jaki señala que en todas las civilizaciones ha habido y sigue habiendo hombres curiosos y creativos pero la ciencia occidental es una empresa colectiva cuyos éxitos han sido logrados gracias a la continuidad. La continuidad ha sido posible porque la mentalidad del hombre

occidental lo lleva a la exploración, a la búsqueda de conocimiento en la naturaleza considerada como objeto.

Esa mentalidad se nutre de una formación cuyas raíces, conscientes o inconscientes, están en la Biblia. En el primer capítulo del Génesis encontramos este pasaje:

“Y Dios los bendijo diciendo: ‘Sed prolíficos y multiplicaos, poblad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre cuantos animales se mueven sobre la tierra.’”⁴⁹

Y en el segundo capítulo:

“Formó de la tierra, pues, Yahvé Dios toda clase de animales campestres y aves del cielo y los llevó ante el Hombre para ver cómo los llamaría éste, ya que el nombre que les diera, ése sería su nombre.”

La misma posición frente a la naturaleza se reformula en el libro de los Salmos:

“(al hombre) lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y esplendor; le diste dominio sobre la obra de Tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies.”⁵⁰

Estos pasajes establecen un principio fundamental, ausente en otras religiones y filosofías: la distinción entre el Creador y la Creación. El Creador es el único ser necesario y, por lo tanto, eterno y sagrado. La Creación no lo es.

Al no sacralizarse la naturaleza se permite su estudio, su disección, su manipulación. Es más, el Génesis ordena al hombre buscar el dominio sobre ella. Esa meta se manifiesta especialmente en el mandato de dar nombre a todo lo que la Creación contiene. Es una manera de afirmar el dominio del hombre sobre la naturaleza. Y los occidentales no cesamos de arrancar secretos a la naturaleza y de nombrar todo. Es evidente que resulta fácil llamar “perro” a un perro y “caballo” a un caballo. Pero para dar nombre a objetos como las partículas subatómicas, fueron necesarias investigaciones durante siglos. Nombrar implica analizar, distinguir, ordenar en categorías los hechos y las cosas. Para ello hacen falta teorías, definiciones, predicciones, es decir, ciencia.

Otro factor fundamental es la concepción lineal de la historia. Las sociedades que ven en el tiempo una sucesión de ciclos que se repiten al infinito carecen de motivación para acumular conocimientos y cambiar la realidad. En un universo infinito todo lo que puede ocurrir necesariamente ocurre. Y lo que ocurre se repetirá una y otra vez sin límite. En la visión judeocristiana, en cambio, el mundo tuvo un principio y tendrá un fin. El Pueblo de Dios peregrina hacia ese extremo.

Agustín Monteverde, en su excelente obra sobre la relación entre la religión y la ciencia, *Mitos, Dogmas y Epopeyas*, menciona un caso muy ilustrativo sobre la imposibilidad de separar la física de la metafísica. Se refiere a la afirmación de Stephen Hawking y Leonard Mlodinow, en *The Grand Design*, de que nuestro universo se habría formado a sí mismo, sin necesidad de un Creador. Estos físicos se basan en la hipótesis de que vivimos en un universo dentro de un multiverso, una teoría que no puede ni probarse ni refutarse, es decir, es tan “metafísica” como la existencia de Dios.⁵¹

Para completar este análisis, podríamos preguntarnos por qué otras civilizaciones, que hicieron grandes contribuciones al desarrollo de las ciencias, no lograron avances como la Occidental.

En Grecia, el desarrollo científico y tecnológico de Grecia se vio limitado por la

concepción cíclica de la historia.

Las contribuciones griegas al desarrollo de la ciencia, como en tantos otros campos, fueron de excepcional importancia. Tales descartó las interpretaciones animistas de los fenómenos naturales, predominantes hasta entonces en todas las civilizaciones, y sostuvo que el cosmos era inteligible para la mente humana. Y Aristarco de Samos propuso la hipótesis heliocéntrica en una obra que se ha perdido, pero está citada en el *Arenarius* de Arquímedes. Copérnico la conocía.

Pitágoras avanzó aún más al sostener que el cosmos era inteligible en términos matemáticos.⁵² Esa racionalidad es el aporte más importante que hicieron los griegos a la formación del alma occidental, a través de su incorporación al cristianismo.

El descubrimiento de los números irracionales desanimó a los pitagóricos. Su visión mística suponía que toda la realidad estaba en última instancia compuesta por números. Si parte de esos números eran irracionales la naturaleza no podía ser totalmente racional.

Pero un factor más general y profundo afectó decisivamente el desarrollo científico de la civilización helénica: la visión cíclica de la historia.⁵³ Como he dicho, en un universo infinito y eterno todo se repite una y otra vez al infinito. Tal perspectiva desalienta todo esfuerzo colectivo perdurable tendiente a dominar la naturaleza e influenciar el curso de la historia.

Las únicas civilizaciones que conocemos que han creído firmemente en la separación entre el Creador y la Creación, siendo sagrado el primero pero no la segunda, y han descubierto un sentido lineal en la historia son las que han sido signadas por el judaísmo, por el cristianismo y por el islam. Es válido preguntarnos entonces por qué las ciencias naturales y la tecnología se desarrollaron más en Occidente que en las otras sociedades con una cosmovisión básica similar.

Me animo a opinar que los israelitas no tuvieron oportunidad. Los reinos de Israel y Judá fueron independientes demasiado poco tiempo. Durante la mayor parte de su historia el pueblo hebreo estuvo sometido por potencias extranjeras, cuyas cosmovisiones eran muy distintas.

La respuesta con respecto al islam resulta mucho más compleja. Indudablemente, el islam tuvo el dominio de vastas áreas geográficas desde su expansión inicial. Y ubicadas en una zona central del Viejo Mundo, con mayores facilidades para el contacto, el intercambio de ideas, el comercio. En muchos aspectos el islam estuvo durante varios siglos delante de Occidente. ¿Por qué las ciencias naturales no se desarrollaron de la misma manera?

Creo que la clave está en el discurso pronunciado por Su Santidad Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona.⁵⁴ Desgraciadamente, la importancia y profundidad de esa disertación quedó opacada por la reacción islámica a la cita de la opinión negativa del emperador bizantino Manuel II Paleólogo sobre el aporte del profeta Mahoma.

El núcleo del discurso versó sobre la omnipotencia de Dios. Para los musulmanes, Dios es absolutamente todopoderoso. No es posible admitir ningún límite a Su poder. Dios podría engañarnos si quisiera, podría ordenarnos adorar otros dioses. Esa omnipotencia no asegura que nuestro universo sea inteligible. Y si lo fuera en un momento nada garantiza que continuará siéndolo.

Para un cristiano, en cambio, Dios es un ser racional. Y como en Él todos sus atributos se dan en grado de perfección, es perfectamente racional. Dios no puede contradecir su propia naturaleza. Su obra, la Creación, tiene que ser racional. Es la

convicción de que la naturaleza, el universo, tiene una estructura inteligible que, por lo tanto, puede conocerse racionalmente la que subyace todo el esfuerzo científico occidental.

Orden cósmico eterno e impersonal, sin un creador

Es importante destacar que la cosmovisión china, inspirada en la filosofía de Confucio, siempre consistió en la aceptación de un orden cósmico sin un creador. El Hijo del Cielo – título con el cual se designaba al emperador– era un mediador entre sus súbditos y ese orden cósmico eterno e impersonal.

Es por ello de especial interés recordar el poder conservador, anticientífico de la educación confuciana. Para ello, incorporo en este análisis la síntesis de un informe emitido por la Academia China de Ciencias Sociales, una entidad académica considerada la más importante de Asia, que he encontrado en un libro del físico estadounidense Frank J. Typler, *The Physics of Christianity*:

“Se nos pidió (a la Academia de Ciencias Sociales) que investigáramos la razón del éxito, en realidad, de la preeminencia de Occidente sobre todo el mundo. Estudiamos todo lo que podíamos desde las perspectivas histórica, política, económica y cultural. Al principio, pensamos que ustedes (los occidentales) tenían armas más poderosas que las nuestras. Luego creímos que se debía a que ustedes tenían el mejor sistema político. A continuación, nos enfocamos en el sistema económico. Pero en los últimos veinte años nos dimos cuenta que el corazón de vuestra cultura es la religión: el cristianismo. Por eso el Occidente ha sido tan poderoso. El fundamento moral cristiano de la vida social y cultural fue lo que hizo posible el surgimiento del capitalismo y la exitosa transición a la política democrática. No tenemos dudas al respecto.”⁵⁵

El actual desarrollo científico de China es consecuencia de su occidentalización. Este proceso –que ya lleva más de un siglo– se debe a la aplicación sucesivas en ese país de ideologías occidentales: el nacionalismo, el marxismo y, más recientemente, la aplicación de pautas capitalistas a su economía.

En este punto me parece importante aclarar que, al citar pasajes de la Biblia, no invoco la Revelación. Cuando reivindico las raíces cristianas de Occidente; cuando defiendo el aporte de Israel que Frazer consideró un germen patógeno, la metafísica cristiana y la ética judeocristiana estoy defendiendo una cultura, no predicando religión.

En cuanto a la relación del Génesis con el desarrollo científico, aunque para mí es palabra de Dios, lo tomo también en el mismo plano. La Biblia es el libro más leído y de mayor influencia en Occidente, y posiblemente en todo el mundo. Aunque Dios no existiera el impacto de ese texto en la mentalidad occidental es innegable.

El método científico

Como ya he dicho. Popper considera que todos los problemas de la sociedad se pueden encarar, y presumiblemente resolver, aplicando el método científico a cada uno, caso por caso. Popper usa la expresión “peace meal social engineering”.

El diccionario de la Academia denota como “científico” al hombre que se dedica a una o más ciencias” y define el término “ciencia” como “cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, que constituye un ramo particular del saber humano.” Recalco el término “metódicamente” y por eso voy a recordar ahora la esencia del método científico, tal como lo explica el propio Popper en su obra *Conjectures and Refutations*.⁵⁶

El hombre de ciencia parte de una suposición, una teoría preconcebida, lo que Popper llama “conjetura”. Es inevitable empezar con alguna idea de lo que se cree que es verdad.

Pero a partir de ella, mientras la elabora de manera más completa y precisa, el verdadero científico busca encontrar fallas en su teoría. Debe buscar la manera de refutar su propia conjetura. Lo mismo harán sus colegas cuando, después de no encontrar fallas, el iniciador o descubridor decida publicarla.

Es el fracaso en encontrar evidencias que permitan refutar la conjetura lo que fortalece la teoría como verdad científica. Y como tal, siempre será provisoria, ya que la esencia del avance de la ciencia consiste en que las supuestas verdades de hoy sean superadas por teorías más abarcadoras o que expliquen lo mismo de manera más profunda, más completa. Repito, entonces, que una teoría es científica cuando es refutable y se la considera verdadera mientras no haya sido refutada. Este procedimiento se conoce como “falsacionismo”; es decir, refutar una teoría demostrando su falsedad mediante casos reales en los que los hechos no se conformen a lo que esa teoría describe o predice.

El método científico adolece de limitaciones

La imagen anterior, que he trazado siguiendo a Popper, idealiza el método científico. La realidad es más compleja. El epistemólogo Thomas Kuhn, en su obra *The Structure of Scientific Revolutions*, muestra que pocas veces los científicos han actuado siguiendo estrictamente los postulados popperianos. Por el contrario, Kuhn defiende la tesis de que la ciencia ha avanzado a través de “paradigmas” que dominan la mentalidad de cada época: los nuevos desarrollos científicos son examinados únicamente a la luz del paradigma en uso y solo raramente ocurre una revolución que cuestiona el paradigma mismo.⁵⁷

Otro discípulo de Popper, Paul Feyerabend, tomó una posición más radical: no existe ningún método general para ampliar o examinar nuestro conocimiento y la única descripción del progreso científico debe reconocer que “*anything goes*” (todo sirve) mientras dé resultados.⁵⁸

En otra obra, dice que el método descrito puede funcionar solo en un mundo en el que las refutaciones ocurran con poca frecuencia, pero es imposible cuando las teorías están rodeadas por un océano de anomalías, como ocurre en todas las cuestiones sociales.⁵⁹ Y acusa a Popper de “imperialismo cultural”⁶⁰. Aclaro que la acusación de Feyerabend a Popper alude a la defensa de éste a la expansión del pensamiento científico. Pero el párrafo en el que Popper defiende el imperialismo se refiere al imperialismo ateniense para imponer su sistema político, tema que he tratado más arriba.

Los paradigmas que rigen las ciencias naturales exceden mi capacidad para analizarlos y resultan ajenos al objeto de esta presentación. Pero sí puedo sostener que la ilusión de Popper de que se puedan resolver los problemas sociales mediante la aplicación del método científico tropieza inmediatamente con la falta de paradigmas compartidos por toda la sociedad.

Para mencionar solo algunos ejemplos, tomemos en primer lugar los valores que surgen de la ética. Y que permitirían juzgar si la sociedad avanza o retrocede. Alasdair MacIntyre menciona la existencia de tres corrientes básicas, principales, en la historia de Occidente, que son mutuamente incompatibles y que, por carecer de patrones comúnmente aceptados, son inconmensurables.⁶¹

Este autor llama “tradición” a la corriente ética judeocristiana; “enciclopedia” a la corriente racionalista europea occidental y “genealogía” a la corriente inspirada en la obra de Friedrich Nietzsche *La genealogía de la moral*.

En cuanto a la idea de la justicia, dos visiones filosóficas modernas se enfrentan en los

Estados Unidos: la de John Rawls y la de Robert Nozick.⁶² Y después del auge del positivismo en la primera mitad del siglo XX, se nota un resurgimiento de las teorías que insisten en la existencia e importancia del derecho natural. El punto de inflexión fue la repulsión generada por las leyes raciales de la Alemania Nazi, que, pese a ser aberrantes, para un análisis positivista eran válidas.

No es mi propósito en esta oportunidad analizar ninguna de estas corrientes de pensamiento. Me basta mencionarlasm para mostrar que, en las ciencias sociales, en las ciencias que tratan a los seres humanos como tales, y a las sociedades humanas, no hay acuerdo sobre los paradigmas más básicos. Por lo tanto, es infantil creer que el método científico pueda determinar la mejor solución a cada problema porque lo que parezca un progreso a un sector va a ser considerado un retroceso por otro sector. No hay paradigmas compartidos y, por lo tanto, no hay patrones comunes que permitan determinar si una propuesta es positiva o negativa.

La islamización de Europa

El novelista francés Michel Houellebecq, en su novela *Soumission*, analiza el proceso a través del cual un partido musulmán llega a dominar Francia y, en particular, la manera en que los enormes aportes a la Sorbonne de fondos provenientes de Arabia Saudita controlan esa gran universidad. En esa obra, el autor pone en boca de un personaje que llega a ser rector de esa casa de estudios después de convertirse al islam, la declaración “sin la cristiandad las naciones europeas no son más que cuerpos sin alma – zombis”.⁶³

El diario *La Nación* ha percibido este peligroso fenómeno y lo ha tratado muy recientemente en dos notas cuya lectura completa recomiendo. Ahora sólo puedo rescatar algunas de sus expresiones más importantes.

La primera es *Europa se muere y de la forma más desdichada: negándose a sí misma*, de Carlos Manfroni.⁶⁴ El autor empieza señalando que:

“La creencia en una inmigración que se asimila a las costumbres del país que la hospeda, o las respeta, puede ser válida en la mayoría de los casos, pero no cuando existe la determinación de prevalecer sobre la cultura del anfitrión.... En 1974... el entonces presidente de Argelia, Houari Boumédiène, lanzó la profecía que hoy se está cumpliendo. ‘Un día, millones de hombres abandonarán el hemisferio sur para irrumpir en el hemisferio norte. Y no lo harán precisamente como amigos, pues irrumpirán para conquistarlo. Y lo conquistarán poblándolo con sus hijos.’”

El diagnóstico de Manfroni es más grave que el mío. Yo me he limitado a señalar que la integración de los inmigrantes musulmanes no se produce porque Europa rechaza su propia identidad y se define como un espacio multicultural, en el que los inmigrantes simplemente se instalan sin abandonar los valores con los que llegan. Pero Manfroni advierte que, además de la actitud europea de negarse a sí misma, los musulmanes, o al menos sus líderes, deliberadamente contemplan el fenómeno migratorio como una invasión.

La segunda nota que quiero destacar es *Entre la ciencia y la religión, Occidente debate el fundamento ético de su cultura*, de Gonzalo Garcés.⁶⁵ En ella Garcés relata que el biólogo británico Richard Dawkins, famoso por su postura como ateo militante, habría dicho en una entrevista “Soy un cristiano cultural”. Y agrega que este integrante del movimiento Nuevo Ateísmo, autor de la obra *The God Delusion*, traducida al castellano con el título *El espejismo de Dios*, elaboró aún más esa posición, diciendo:

“Somos culturalmente un país cristiano. No soy creyente, pero amo los himnos

devocionales, los villancicos y las catedrales. Sería horroroso que sustituyéramos al cristianismo por una religión alternativa. ...Sería una catástrofe que el cristianismo se convirtiera en una religión minoritaria. Es algo bueno como freno contra el islam”.

Así como hubiera sido interesante que Frazer y Nietzsche llegaran a ver los resultados del regreso a “...concepciones más sanas y viriles” y el surgimiento de superhombres, las feministas que hoy atacan los valores cristianos merecerían que en el futuro las obligaran a usar velo y vieran la legalización de la poligamia.

Conclusiones

La definición de Europa como “espacio multicultural” corona un largo proceso a través del cual el continente ha ido gradualmente repudiando el nacimiento de su civilización como sociedad cristiana. Este proceso ha tenido vastas repercusiones.

En el plano espiritual, ha llevado a porciones muy importantes de la población del continente a caer en un agnosticismo matizado por ingredientes variados de la New Age y la sacralización de la naturaleza hasta un punto que linda con el panteísmo.

En el plano político, la primera consecuencia ha sido la concepción de la democracia como un sistema meramente instrumental, sin valores. En el siglo XIX las constituciones liberales invocaban a Dios. Como había sostenido Locke, se presuponían los valores y la ética cristiana como parte intrínseca de la cultura occidental. Es evidente que hoy el único procedimiento de selección de las autoridades que goza de legitimidad es la elección por el voto universal. Este principio se inspira en la igualdad de todos los seres humanos como hijos de Dios. Y el concepto constitucionalista que busca limitar el poder de los gobernantes también tiene un origen judeocristiano. Como señala Gabriel Zanotti, el primer paso fue el hecho transcendental en la historia de las ideas políticas que consistió en que el rey de Israel, a diferencia de los monarcas de todos los pueblos paganos, no fuera considerado un Dios sino un ser humano sometido a la ley de Dios. Jesús dejó muy clara la existencia de un ámbito reservado a Dios en el que el César (sea autoritario o democrático) no puede penetrar. Y estos lineamientos básicos dieron como resultado en Occidente la elaboración de la doctrina del derecho natural. Hoy este basamento ético ha sido abandonado.

En el plano continental, el proyecto original de integración destinado a constituir los Estados Unidos de Europa para unificar una comunidad cristiana ha sido transformado en la construcción de una asociación cada vez más heterogénea; en un proyecto que solo beneficia a la burocracia de Bruselas.

Es más grave aún la incapacidad de la sociedad europea de integrar la inmigración musulmana. Si Europa no tiene una personalidad propia, sino que es simplemente un espacio abierto a todas las culturas ¿a qué sociedad se van a integrar los inmigrantes?

Las elecciones realizadas recientemente en diversos países de Europa muestran un crecimiento de partidos de derecha, enfrentados con las políticas de Bruselas. Ese fenómeno abre una esperanza. Pero debemos ser cuidadosos: en algunos casos se trata de movimientos de inspiración cristiana; en otros, en cambio, son manifestaciones neonazis, con las que no podemos identificarnos. Yo no defiendo una Europa “blanca”. Mi planteo no es racista, es cultural. Tampoco implica restricciones a la libertad de cultos.

En resumen, quiero que Europa retome la senda trazada por los padres de la integración: una Europa unificada en base a una identidad comunitaria inspirada en la metafísica, la ética y los valores cristianos.

Notas

¹Esta conferencia fue pronunciada en la ceremonia de incorporación del autor como académico de número a la Academia del Plata, que tuvo lugar el 6 de mayo de 2024.

²Abogado, académico correspondiente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Caballero Gran Oficial de la Orden Equestre del Santo Sepulcro de Jerusalén, cregunaga@fibertel.com.ar.

³Prefacio a las partes I y II del Proyecto de Tratado por el que se instituye una Constitución para Europa, *Diario Oficial de la Unión Europea*, 18.7.2003, C 169/7.

⁴Ibid.

⁵*Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II a los participantes en un congreso sobre la nueva constitución europea*, La Santa Sede, hf_ip-ii_spe_20020622: “Son múltiples las raíces culturales que han contribuido a la afirmación de los valores recordados hasta ahora: el espíritu de Grecia y el de Roma; las aportaciones de los pueblos latinos, celtas, germánicos, eslavos y ugrofineses; así como las de la cultura judía y del mundo islámico. Estos diversos factores han encontrado en la tradición judeocristiana una fuerza capaz de armonizarlos, consolidarlos y promoverlos. Al reconocer este dato histórico en el proceso actual hacia un nuevo ordenamiento institucional, Europa no podrá ignorar su herencia cristiana, puesto que gran parte de lo que ha producido en los campos jurídico, artístico, literario y filosófico ha sido influido por el mensaje evangélico.” ⁶Ibid. “Es preciso inspirarse, con fidelidad creativa, en las raíces cristianas que han marcado la historia europea. Lo exige la memoria histórica, pero también, y sobre todo, la misión de Europa, llamada, también hoy, a ser maestra de verdadero progreso, a promover una globalización en la solidaridad y sin marginaciones, a contribuir a la construcción de una paz justa y duradera en su seno y en el mundo entero, y a acoger tradiciones culturales diversas para dar vida a un humanismo en el que el respeto de los derechos, la solidaridad y la creatividad permitan a todo hombre realizar sus aspiraciones más nobles.”

⁷Ibid. “Realmente no es fácil la tarea que han de cumplir los políticos europeos. Para afrontarla de modo adecuado, será preciso que, aun respetando una correcta concepción de la laicidad de las instituciones políticas, den a los valores antes mencionados un profundo arraigo de tipo trascendente, que se expresa en la apertura a la dimensión religiosa.”

⁸Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, Libro II, sección 37: “Nuestra Constitución... se llama democracia porque el poder no está en manos de unos pocos sino de la mayoría.”

⁹Jean Monnet conoció y se unió a Silvia de Bondini cuando ella estaba casada con Francisco Giannini. Como en 1929 la mayoría de los países europeos no admitían el divorcio o lo hacían muy difícil, ella adoptó la nacionalidad rusa para recurrir a la legislación soviética que lo facilitaba.

¹⁰El término “federalista” evoca el movimiento estadounidense del mismo nombre, y la célebre publicación de escritos de Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, conocido como *The Federalist Papers*. Esos dirigentes encabezaron el esfuerzo que llevó a transformar la confederación con la que Estados Unidos inició su vida independiente en un nuevo tipo de estado, el federal.

¹¹Arnold J. Toynbee, *Estudio de la Historia*, (Título original: *A Study of History*), Buenos Aires, Emecé, 1956, vol. I, pp. 173 y ss.

¹²Debe tenerse muy en cuenta el discurso en la Universidad de Ratisbona pronunciado por S.S. Benedicto XVI, el 12 de septiembre de 2006.

¹³James Frazer, *La rama dorada* (Título original: *The Golden Bough*), electronic edition, Temple of Earth Publishing, pp. 318 a-319 a: “... credos orientales... en los últimos días del paganismo se difundieron por el imperio romano y... al saturar a los pueblos europeos con ideales de vida

extraños a ellos, fueron minando gradualmente toda la estructura de la civilización antigua... La sociedad griega y romana estaba construida sobre la concepción de la subordinación del individuo a la comunidad, del ciudadano al estado... Formados desde la infancia en este ideal generoso, los ciudadanos dedicaban su vida al servicio público y estaban dispuestos a morir por el bien común... toda esta concepción quedó modificada al difundirse las religiones orientales, que inculcaban en los espíritus que la comunión del alma con dios y la salvación eterna eran los únicos objetos dignos de la vida y en comparación con los cuales la prosperidad y hasta la existencia del estado eran insignificantes. El resultado inevitable de esta doctrina egoísta e inmoral fue apartar cada vez más a los hombres del servicio público, concentrar su pensamiento en las propias emociones espirituales y engendrar en ellos el desprecio por la vida presente...” “el renacimiento del derecho romano, de la filosofía aristotélica y del arte y la literatura de la antigüedad, renacimiento que se produjo al terminar la edad media, señaló el retorno de Europa a sus ideales de vida y de conducta innatos, a concepciones del mundo más sanas y viriles. El prolongado alto producido en la marcha de la civilización había terminado. La marea de la invasión oriental había comenzado por fin a bajar.”

¹⁴José Ortega y Gasset, *Una interpretación de la historia universal*, p. 58: “... en el imperio de Carlomagno nos aparece por vez primera constituida nuestra sociedad europea casi exactamente con el mismo formato y figura que iba a tener siempre...” “... esto significa que si recorremos retrospectivamente la historia de Europa desde el día de hoy hasta fines del siglo VIII vemos con rigurosa continuidad, la pervivencia de nuestro mundo histórico occidental y reconocemos sin interrupción la identidad de su sustancia, de su personalidad... miremos ahora más allá, a la retaguardia de Carlomagno. ¿qué vemos? Pues... lo primero que vemos es que no vemos, porque ante nosotros se presenta el espectáculo de un caos histórico. La sociedad occidental, cuya persistencia perseguíamos hacia atrás, desaparece de nuestra vista.”

¹⁵Ibid., p. 63: “más allá (del punto en que perdemos de vista nuestra sociedad occidental) vemos un interregno de confusión y luego nos hallamos en medio del imperio romano, de otra maravillosa civilización en la cual hemos ingresado por su etapa final; es decir, que hemos asistido al modo de concluir una civilización.”

¹⁶Ibid., pp. 59 y 60: “sin embargo, en ese caos omnímodo hay, sí, dos elementos, pero solo dos, que reconocemos al retroceder desde el siglo carolingio. Uno son los bárbaros...el otro elemento que reconocemos en el susodicho caos es la Iglesia Cristiana, que en estos siglos V, VI y VII hallamos extendida y dominante sobre toda el área occidental. Los pueblos bárbaros se han ido convirtiendo a ella. Es como una base de vida común y universal. Es, dice Toynbee, una religión universal.”

¹⁷Bouthoul, Gaston, *Las Mentalidades*, (título original: *Les mentalités*), Oikos-tau ediciones, Montserrat, 1971: “... constatamos que detrás de todas estas diferencias y matices que, en el fondo, tiene la adhesión de todos los individuos de una misma sociedad constituye *la estructura mental específica de cada civilización. Una sociedad es, esencialmente, un grupo de personas de mentalidad análoga*...cuando en el seno de un mismo grupo se constatan grandes divergencias, es posible inferir que aquella sociedad se halla en vías de escisión o de transformación...la mentalidad es el lazo *más resistente* que une al individuo con el grupo.”

¹⁸José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2005, p. 202.

¹⁹Arnold J. Toynbee, op. cit., t. I, B, p.49.

²⁰Op. cit., t. I, p.59.

²¹Op. cit., t. I, p.68.

²²Op. cit. t. I, pp. 85-86.

²³S.S. Benedicto XVI, *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*, Discurso en la Universidad de Ratisbona, Ratisbona, 16 de septiembre de 2006. Un párrafo especialmente

ilustrativo es el siguiente: "...La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo? Pienso que en este punto se manifiesta la profunda consonancia entre lo griego en su mejor sentido y lo que es fe en Dios según la Biblia... san Juan nos ha brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios, ... 'En el principio existía el *logos*, y el *logos* es Dios', nos dice el evangelista. El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no es una simple casualidad. La visión de san Pablo, ante quien se habían cerrado los caminos de Asia y que en sueños vio un macedonio que le suplicaba 'Ven a Macedonia y ayúdanos' (cf. Hch. 16, 6-10), puede interpretarse como una expresión condensada de la necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y el filosofar griego."

²⁴Arnold J. Toynbee, op. cit., 1965, Vol. XIV, 1ra. Parte, pp. 226-227.

²⁵Carlos María Regúnaga, "¿Cuán oscura fue la Edad Media?", *Gazeta del Progreso*, Buenos Aires, n. 9, 2020, p. 1.

²⁶Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, I. II 2.

²⁷Edward Gibbon, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, London, CRW Publishing Limited, 2009. Esta obra ha sido publicada en castellano con el mismo título: *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*.

²⁸Friedrich Nietzsche, *A Genealogy of Morals*, London, 1899, T. Fisher Unwin.

²⁹Friedrich Nietzsche, *Ainsi Parlez Zarathoustra*, Paris, 1903, Société du Mercure de France.

³⁰Mariano Fazio Fernández, *Historia de las ideas contemporáneas*, Ediciones Rialp, S. A., Madrid, Tercera edición española, 2012.

³¹Op. cit. p. 21.

³²Eric Voegelin, *The New Science of Politics*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987, c. IV.

³³Carlos María Regúnaga, "Rusia renueva el legado bizantino", en el diario *La Nación*, Buenos Aires, 29 de enero de 2021, p. 31.

³⁴Mariano Fazio, op. cit. pp. 223-23.

³⁵James Redfield, *The Celestine Prophecy*, Nueva York, Warner Books, 1993.

³⁶Roberto Bosca, *Una espiritualidad difusa para un hombre vacío*, edición electrónica: "La New Age pretende ser así, el intento de una respuesta integradora ("holística: ", para decirlo con una expresión muy New Age) a la óptica fragmentaria del racionalismo, que planteó una visión del mundo basada exclusivamente en la sola razón, a la que paradójicamente se le otorgaba un significado mítico. Se trata, por lo tanto, de una reacción antirracionalista, que no constituye un movimiento estructurado ni una ideología, ni tampoco una iglesia o una religión, y mucho menos una secta, sino una dispersa onda espiritualista que se ha dado en llamar la Conspiración de Acuario. Según los "conspiradores", el mundo estaría entrando en una Nueva Era (New Age), superadora de la era cristiana o de Piscis (Ikhthys en griego significa "pez", que es el antiguo símbolo de los cristianos, y al mismo tiempo es la sigla de la expresión Jesucristo, de Dios hijo, Salvador). Estamos ante una nueva sensibilidad o una nueva forma de ver y entender la relación de la persona con el universo del que forma parte."

³⁷Conf. John C. Eccles, *The Evolution of the Brain-Creation of the Self*, Londres, Routledge, 1995.

³⁸Paul Johnson, *Tiempos modernos*, (título original: *A History of the Modern World*), Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1988, pp. 137-138.

³⁹R.R. Reno, *The Return of the Strong Gods*, electronic edition.

⁴⁰Paul Johnson, op. cit., pp. 110-111. Este autor inglés nos recuerda la esencia del ideario fascista: “(Mussolini) concibió una resonante fórmula totalitaria, muy citada, admirada y vilipendiada entonces y después: ‘Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra él.’ Se dictó una serie de ‘leyes fascistas’, algunas constitucionales, otras punitivas y otras positivas; las últimas fueron las *Leggi di riforma sociale*, destinadas a promover el nacimiento del Estado corporativo.”

⁴¹R. R. Reno, op. cit.: “By ‘strong gods’, I do not mean Thor and the other residents of the Old Norse Valhalla. The strong gods are the objects of men’s love and devotion, the sources of the passions and loyalties that unite societies. They can be timeless.”

⁴²Op. cit.

⁴³Karl R. Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Princeton, Princeton University Press, 1966.: “Popper digresses into philosophy of science, metaphysics, and other abstract topics. His prose is full of “isms” and reads like a technical work of academic philosophy. But Popper structures his treatise to serve a clear political imperative, giving urgency to the twists and turns of his analysis. The imperative is bracingly simple: *Never again*. Never again shall we allow totalitarian governments to emerge. Never again shall societies reach a fever pitch of ideological fanaticism. This imperative places stringent demands upon us. It requires Western civilization to attain self-critical maturity with courage and determination, which Popper hoped to exemplify with his full-throated attack on Plato, the founder of our philosophical tradition. We must banish the strong gods of the closed society and create a truly open one... Popper sees any form of transcendences as implicitly totalitarian. The recognition of something higher than the individual sets up a suprapersonal authority. If I can know what it means to be human, then I have a standard by which to judge individual behavior, and it is just such a standard, Popper argues, that is characteristic of a closed society.”

⁴⁴Popper, op. cit. p. 171.

⁴⁵Op. cit., p. 1: “... our civilization... a civilization that is still in its infancy.”

⁴⁶Karl J. Popper, op. cit. p. 189 “... a philosophy which makes man the centre of its interest began only with Protagoras.”

⁴⁷Samir Okasha, *Philosophy of Science*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, p. 24: “Hume admitted that we use induction all the time in everyday life and in science, but he insisted this was just a matter of brute animal habit. If challenged to provide a good reason for using induction, we can give no satisfactory answer, he thought... Our reasoning seems to depend... (on) the assumption of the uniformity of nature. But how do we know that the UN (uniformity of nature) assumption is actually true, Hume asks? No, says Hume, we cannot.”

⁴⁸Stanley Jaki, *The Road of Science and the Ways to God*, Port Huron, Real View Books, 2005.

⁴⁹Gen. 1.28.

⁵⁰Salmos 8, 4-9.

⁵¹Agustín A. Monteverde, *Mitos, Dogmas y Epopeyas*, Buenos Aires, Claridad, 2021.

⁵²Charles Van Doren, op. cit., pp. 33 y ss.

⁵³Stanley L. Jaki, op. cit., p. 29.

⁵⁴SS. Benedicto XVI, *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*, Discurso en la Universidad de Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

⁵⁵Frank J. Typler, *The Physics of Christianity*, New York, Doubleday, 2007, p. 121: “One of the things we [the Chinese Academy] were asked to look into was (sic) what accounted for the success, in fact, the pre-eminence of the West all over the world. We studied everything we could from the

historical, political, economic, and cultural perspective. At first, we thought it was because you had more powerful guns than we had. Then we thought it was because you had the best political system. Next we focused on your economic system. But in the past twenty years, we have realized that the heart of your culture is your religion: Christianity. That is why the West has been so powerful. The Christian moral foundation of social and cultural life was what made possible the emergence of capitalism and then the successful transition to democratic politics. We don't have any doubt about this".

⁵⁶Karl R. Popper, *Conjectures and Refutations*, Londres, Routledge Classics, 2002.

⁵⁷Thomas Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, The Chicago University Press, 1970.

⁵⁸Paul Feyerabend, *Límites de la ciencia*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1989, p. 144: "...quizá parezca prudente eliminar por completo las consideraciones sobre la explicación del dominio del método científico y centrarse en aquellas reglas que hacen posible comparar dos teorías respecto a su carácter formal y éxito predictivo, y que garantizan la constante modificación de nuestras teorías en la dirección de una mayor generalidad, coherencia y comprensividad."

⁵⁹Paul Feyerabend, *Farewell to Reason*, Londres, Verso, 1996, p. 8: "The demand to look for refutations and to take them seriously leads to an orderly development only in a world where refuting instances are rare and turn up at large intervals, like large earthquakes. In such a world we can improve, build, live peacefully with our theories from one refutation to the next. But all this is impossible if theories are surrounded by an 'ocean of anomalies' as is the case in most social matters."

⁶⁰Op. cit. nota al pie de la p. 62: "Rationalists such as Karl Popper have no objections to applying pressure at this point: the entrance into mature humanity may have to be enforced 'by some form of imperialism'. I don't think that the achievements of science and rationalism are sufficiently dazzling to justify such a procedure."

⁶¹Alasdair McIntyre, *Three rival Versions of Moral Enquiry*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1990.

⁶²Conf. John Rawls, *A Theory of Justice*, Cambridge, Harvard University Press, 1971, y Robert Nozick, *Anarchy, State and Utopia*, Nueva York, Harpers Collins Publishers, 1974.

⁶³Michel Houellebecq, *Soumission*, Flammarion, Barcelona, 2015, pp. 267-268. « Tout le débat intellectuel du XXème siècle— était résumé en une opposition entre le communisme —disons la variante hard de l'humanisme— et la démocratie libérale —sa variante molle— c'était quand même terriblement réducteur. Le retour du religieux, ..., je le savais pour ma part inéluctable dès âge de quinze ans... Les fascismes me sont toujours apparus comme une tentative spectrale, cauchemardesque et fausse de redonner vie a des nations mortes; sans la chrétienté les nations européennes n'étaient plus que des corps sans âme — des zombies. »

⁶⁴Carlos Manfroni, "Europa se muere y de la forma más desdichada: negándose a sí misma", *La Nación*, Buenos Aires, 5 de febrero de 2024.

⁶⁵Gonzalo Garcés, "Entre la ciencia y la religión, Occidente debate el fundamento ético de su cultura", *La Nación*, Buenos Aires, 4 de mayo de 2024.